IV Trimestre de 2011
El evangelio en Gálatas

Lección 11
10 de Diciembre de 2011

Libertad en Cristo

Gilberto G. Theiss

Este es un tema importante y delicado. En rigor de verdad no debería ser delicado, siendo que la Escritura lo presenta de una manera tan clara, esquivando cualquier equívoco. El problema está en el hecho del tiempo en el que vivimos. Nuestra época está manchada con una sensación de liberalidad irrestricta, basada en un sentimiento extrapolado de algo que fue reprimido durante mucho tiempo. El león que ruge dentro de cada individuo y los deseos que residen en su interior son liberados de la esclavitud moral bajo el ropaje de una supuesta verdadera libertad. Libertad que –en verdad– trae desgracia y ruina al final del trayecto.

La libertad en Cristo representa libertad de la esclavitud del pecado y la muerte. En ningún momento Jesús nos ha concedido, a través de su sacrificio, libertad para la inmoralidad, desobediencia y libertinaje. Desgraciadamente, este paradigma de libertinaje generado a partir de los años ’60 con el grito de guerra a favor del sexo, las drogas y el *rock ’n roll* ha hecho de nuestra generación algo esclava de sus propias pasiones y deseos. Esto ha significado ciertas implicancias para el mundo convencional y el religioso. Parte de la teología evangélica ha recibido una herencia de este paradigma instalando en la teología desvalores de una cultura que está en permanente declinación. La idea de la vida cristiana sin restricciones ha sido el fundamento de iglesias emergentes de nuestro tiempo bajo el falso ropaje de la libertad en Cristo. Por lo tanto, ¡cuidado con los falsos profetas de nuestro tiempo!

Lectura adicional

“Todo aquel que rehúsa entregarse a Dios está bajo el dominio de otro poder. No es su propio dueño. Puede hablar de libertad, pero está en la más abyecta esclavitud. No le es dado ver la belleza de la verdad, porque su mente está bajo el dominio de Satanás. Mientras se lisonjea de estar siguiendo los dictados de su propio juicio, obedece la voluntad del príncipe de las tinieblas. Cristo vino a romper las cadenas de la esclavitud del pecado para el alma. "Así que, si el Hijo os libertare, seréis verdaderamente libres" (S. Juan 8:36). "Porque la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús —se nos dice— me ha librado de la ley del pecado y de la muerte" (Romanos 8:2). En la obra de la redención no hay compulsión. No se emplea ninguna fuerza exterior. Bajo la influencia del Espíritu de Dios, el hombre está libre para elegir a quien ha de servir. En el cambio que se produce cuando el alma se entrega a Cristo, hay la más completa sensación de libertad. La expulsión del pecado es obra del alma misma. Por cierto, no tenemos poder para librarnos a nosotros mismos del dominio de Satanás; pero cuando deseamos ser libertados del pecado, y en nuestra gran necesidad clamamos por un poder exterior y superior a nosotros, las facultades del alma quedan dotadas de la fuerza divina del Espíritu Santo y

obedecen los dictados de la voluntad, en cumplimiento de la voluntad de Dios” (*El Deseado de todas las gentes,* p. 431, 432).

Cristo nos hizo libres

Gálatas 5:1-4; 2:16; 3:13

En la antigüedad, un esclavo podía comprar su libertad ofreciendo una razonable suma de dinero. Otros esclavos podían comprar su libertad venciendo desafíos de lucha, y otros podrían ser liberados de su esclavitud cuando algún intercesor pagaba su deuda y permitía que fuera liberado. En lo que respecta a la libertad en Cristo, creo que ésta se encuadra en el contexto del tercer ejemplo. De acuerdo con Pablo, los gálatas estaban en peligro de perder la libertad que habían adquirido en Cristo. No fue el ser humano quien compró su libertad, pues esto implicaría salvación por las obras. Tampoco conquistó su libertad luchando, como era el caso de los gladiadores. Nuestra libertad fue el resultado del precio pagado por un Mediador, Jesucristo. Nuestra deuda no podía ser pagada por hombre alguno, ni siquiera por los magníficos ángeles. La deuda que nos ha hecho esclavos es impagable. Estábamos condenados eternamente a la esclavitud del pecado y de la muerte. Pero Dios, en su compasión y eterno amor, se hizo ofrenda y derramó el único pago que –en este contexto– tenía valor: su sangre. El oro y la plana no pueden derramar sangre, los hombres y los animales sí, pero la sangre de estos últimos tampoco tenía valor, pues se necesitaba la sangre de alguien Inocente y sin mancha. La deuda requería una sangre pura, cosa que en este mundo no existe.

Dios se hizo humano, y permitió que se le crucificase para ofrecer la justicia, su propia sangre pura a cambio de la nuestra. Nuestra deuda ahora no es con el pecado y la muerte, sino con el Eterno Redentor. No obstante, tenemos que tener en mente que a Jesús no le interesa que busquemos el pago de tal deuda. La única cosa que nos pide es nuestro corazón. Éramos esclavos de la muerte, pero en Cristo nos volvimos libres para la eternidad. Éramos esclavos de la pobreza, pero en Cristo hemos recibido la herencia eterna. Éramos esclavos de las pasiones de la carne, pero en Cristo recibimos virtud y nobleza espiritual. Esto sí que es libertad…

Lecturas adicionales

“Los que creen en Cristo y guardan sus mandamientos no están bajo las ataduras de la ley de Dios; porque para los que creen y obedecen, su ley no es una ley de servidumbre sino de libertad... Todo el que por fe obedece los mandamientos de Dios alcanzará la condición sin pecado en que vivía Adán antes de su transgresión. Todo el que cree en Cristo, que confía en el poder protector del Salvador resucitado... que resiste la tentación e imita aun en medio del mal el modelo dado por Cristo, por la fe en el sacrificio expiatorio de Cristo llegará a participar de la naturaleza divina, porque habrá escapado de la corrupción que hay en el mundo debido a la concupiscencia” (*En lugares celestiales,* p. 146).

“Desde el principio ha sido el propósito especial del adversario de Dios y del ser humano, objetar la ley de Dios como opresiva e impracticable; la presenta como un "yugo de servidumbre". Ha declarado que es imposible para el ser humano guardar los preceptos de Dios. Esa es la doctrina engañosa que Satanás y sus ángeles tratan de esparcir por el mundo. "No hay ley" es el clamor del enemigo de Dios. ¿Nos pondremos del lado de Satanás y haremos nula la ley divina porque él dice que seremos más libres y más feli-

ces? Eso sería nuestra ruina. ¿Acaso Adán y Eva fueron más felices y tuvieron mayor libertad cuando actuaron bajo las sugerencias del maligno? (*Review and Herald,* 31 de julio, 1888).

“En su afán por desacreditar los preceptos divinos, Satanás pervirtió las doctrinas de la Biblia, de suerte que se incorporaron errores en la fe de millares de personas que profesan creer en las Santas Escrituras. El último gran conflicto entre la verdad y el error no es más que la última batalla de la controversia que se viene desarrollando desde hace tanto tiempo con respecto a la ley de Dios. En esta batalla estamos entrando ahora; es la que se libra entre las leyes de los hombres y los preceptos de Jehová, entre la religión de la Biblia y la religión de las fábulas y de la tradición”.

“Los elementos que se coligarán en esta lucha contra la verdad y la justicia, están ya obrando activamente. La Palabra santa de Dios que nos ha sido transmitida a costa de tanto padecimiento, de tanta sangre de los mártires, no es apreciada debidamente. La Biblia está al alcance de todos, pero pocos son los que la aceptan verdaderamente por guía de la vida. La incredulidad predomina de modo alarmante, no sólo en el mundo sino también en la iglesia. Muchos han llegado al punto de negar doctrinas que son el fundamento mismo de la fe cristiana” (*El conflicto de los siglos*, pp. 639, 640).

La naturaleza de la libertad cristiana

Romanos 6:14; 18:1; Gálatas 4:3, 8; 5:1; Hebreos 2:14, 15

La libertad cristiana es más que una mera libertad. Pregúntale al respecto a alguien que ha sido esclavo de las drogas antes de conocer a Dios. Pregúntale a una mujer que ha sido prostituta antes de conocer a Cristo. Pregúntales a tantos hombres y mujeres que tuvieron una experiencia dolorosa y definida con el pecado el significado que tiene para ellas ser liberadas en Cristo. Quien nunca tuvo una experiencia dolorosa, triste y traumática con el pecado difícilmente entendería profundamente lo que significa la libertad en la vida cristiana. Esta libertad no consiste en libertinaje. Algunos –aún entre los cristianos– enseñan que la Ley de Dios ha cambiado o ha sido abolida bajo la falsa premisa de que la Ley nos esclaviza. No creo que Dios haya fallado al concedernos una ley tan tirana o complicada para ser obedecida. En verdad, tales maestros propagan una teoría desarrollada por Satanás. El ángel caído enseña tal cosa desde que en el cielo se volvió rebelde y desobediente aún antes de la fundación de la tierra. Si el pecado es transgresión de la Ley (1 Juan 3:4), esto significa claramente que Satanás fue el primero en transgredir la Ley divina. Fue él quien llevó a Adán y Eva a transgredir la Ley en el Edén y es el autor de la desobediencia y de la teología neoliberal de nuestro tiempo que tiene el propósito de desvirtuar el rol de la Ley y la gracia en la vida humana. El no quiere que seamos liberados de nuestros pecados, y busca que nos conformemos con nuestras flaquezas y debilidades. Así, busca que siempre seamos sus esclavos.

Lecturas adicionales

“Cristo abarcó a todo el mundo con sus brazos. Murió en la cruz para destruir al que tenía el poder de la muerte, y para borrar los pecados de cada alma creyente. Nos invita a ofrecernos sobre el altar del servicio como un sacrificio vivo y encendido. Debemos consagrar a Dios sin reserva todo lo que poseemos y lo que somos”.

“En esta escuela inferior de la tierra hemos de aprender las lecciones que nos prepararán para entrar en la escuela superior, donde continuará nuestra educación bajo la instrucción personal de Cristo. Entonces él nos abrirá el significado de su Palabra. En los pocos días de gracia que nos quedan, ¿no procederemos como hombres y mujeres que buscan la vida en el reino de Dios, una eternidad de bienaventuranza? No podemos permitirnos perder el privilegio de ver a Cristo cara a cara, y de oír de sus labios la historia de la redención (*Review and Herald*, 16 de mayo, 1907; citado en *En lugares celestiales,* p. 33).

“Con el fin de llegar a ser el sustituto y la garantía de la humanidad, Jesucristo depuso su manto real, su corona de Rey, y revistió su divinidad con la humanidad, para que al morir como hombre pudiera destruir con su muerte al que tenía el imperio de la muerte. Como Dios, no lo habría podido hacer; pero al venir como hombre, Cristo pudo morir. Con su muerte venció a la muerte. La muerte de Cristo condenó a perecer al que tenía el poder de la muerte, y abrió las puertas de la tumba a todos los que lo reciben como su Salvador personal”.

“Sobre el sepulcro abierto de José Cristo proclamó: ‘Yo soy la resurrección y la vida’. Él, el Redentor del mundo, aplastó la cabeza de la serpiente, privándola para siempre del poder de hacer que los hombres sientan su picadura de escorpión; porque él trajo a la luz la vida y la inmortalidad. Los portales de la vida eterna están abiertos para todos los que crean en Jesucristo... Al morir, Jesús ha hecho imposible que mueran eternamente los que creen en él...”

“Cristo vivió y murió como hombre, para que llegara a ser el Dios tanto de los vivos como de los muertos. Lo hizo para que, al creer en él, a los seres humanos se les hiciera imposible perder la vida eterna. La vida de los hombres y las mujeres es preciosa a la vista de Dios, porque Cristo compró esa vida al ser sacrificado en lugar de ellos. De ese modo hizo posible que nosotros tuviéramos acceso a la inmortalidad”.

“La divinidad y la humanidad se reunieron en Cristo: el Creador y la criatura. La naturaleza de Dios, cuya ley había sido transgredida, y la de Adán, el transgresor, se conjugaron en Jesús: el Hijo de Dios e Hijo del Hombre. Después de pagar el precio de la redención con su propia sangre, después de pasar por la experiencia humana, habiéndose enfrentado con la tentación y habiéndola vencido en beneficio del hombre, y después de haber sufrido la vergüenza y la culpabilidad y la carga del pecado a pesar de que él nunca cometió pecado alguno, llegó a ser el Abogado y el Intercesor de los seres humanos. ¡Qué seguridad es ésta para el alma tentada y esforzada! ¡Qué seguridad para el universo que observa, saber que Cristo será un Sumo Sacerdote fiel y misericordioso!” (*Exaltad a Jesús,* p. 339).

Las peligrosas consecuencias del legalismo
Gálatas 5:2-12

En cierta ocasión, alguien me dijo que prefería en la iglesia a los legalistas que a los liberales. Según la comprensión de esta persona, por lo menos los legalistas intentaban tomar en serio los deberes de la vida cristiana. Desgraciadamente, yo no podía estar de acuerdo con tal afirmación. En rigor de verdad, tanto los legalistas como los liberales significan serios problemas para la iglesia. Los legalistas hacen de sus obras la credencial fundamental para ser aceptados por Dios; los liberales, a su vez, hacen del evange-

lio una aberración, un autoservicio de sus propias opiniones y voluntades. Los dos modos de pensar son erróneos y no condicen con la verdad.

La salvación es únicamente pagada por la gracia y no hay absolutamente nada en nosotros capaz de cambiar ello. Nuestras obras deben ser buenas y hacer valer los valores que involucran la salvación, pero ellas no son responsables de nuestra remisión en Cristo. Sólo la sustitución materializada en la cruz del Calvario es capaz de defendernos en el tribunal del Cielo. Todos los salvos, en algún día, llegarán al cielo sin ninguna credencia de identificación por sus buenas obras. Todos, independientemente de quiénes hayan sido, pasarán por los portales del Cielo gracias a las heridas eternamente cicatrizadas de las manos del Redentor. Estas manos se levantarán en nuestro favor para que las puertas del Cielo se abran, a fin de que atravesemos los límites de ese lugar sublime. Por lo tanto, el legalismo retira de nuestro corazón el enfoque en el sacrificio de Jesús, mientras que el liberalismo nos lleva a considerar sin su verdadero valor a tal sacrificio.

Lecturas adicionales

“Los escribas y los fariseos habían acusado de pecado no solamente a Cristo sino también a sus discípulos, porque no respetaban los ritos y las ceremonias rabínicas. A menudo los discípulos se habían sentido perplejos y confusos ante la censura y la acusación de aquellos a quienes se habían acostumbrado a venerar como maestros religiosos. Mas Jesús desenmascaró ese engaño. Declaró que la justicia, a la cual los fariseos daban tanta importancia, era inútil. La nación judaica aseveraba ser el pueblo especial y leal que Dios favorecía; pero Cristo representó su religión Como privada de fe salvadora. Todos sus asertos de piedad, sus ficciones y ceremonias de origen humano, y aun su jactanciosa obediencia a los requerimientos exteriores de la ley, no lograban hacerlos santos. No eran limpios de corazón, ni nobles ni parecidos a Cristo en carácter”.

“Una religión formalista no basta para poner el alma en armonía con Dios. La ortodoxia rígida e inflexible de los fariseos, sin contrición, ni ternura ni amor, no era más que un tropiezo para los pecadores. Se asemejaban ellos a sal que hubiera perdido su sabor; porque su influencia no tenía poder para proteger al mundo contra la corrupción. La única fe verdadera es la que ‘obra por el amor’ para purificar el alma. Es como una levadura que transforma el carácter” (*El discurso maestro de Jesucristo,* p. 49).

“Pablo se había consagrado con todas sus facultades al servicio de Dios. Había recibido las verdades del evangelio directamente del cielo, y en todo su ministerio mantuvo una relación vital con los agentes celestiales. Había sido enseñado por Dios en cuanto a la imposición de cargas innecesarias a los cristianos gentiles; así cuando los creyentes judaizantes introdujeron en la iglesia de Antioquía el asunto de la circuncisión, Pablo conocía el sentir del Espíritu de Dios concerniente a esa enseñanza, y tomó una posición firme e inflexible que libró a las iglesias de las ceremonias y los ritos judíos” (*Los hechos de los apóstoles*, pp. 162, 163).

Libertad, no licencia
Gálatas 5:13

Desde los años ’60 el mundo ha atravesado grandes cambios. Sin embargo, los cambios fueron especialmente en el ámbito de lo moral. Los paradigmas de la intelectualidad y el poder moral fueron gradualmente abandonados o ignorados. El ingreso de la música

rock en la sociedad y la búsqueda del traspaso de los límites del placer carnal han hecho de hombres y mujeres, jóvenes y niños, seres tan irracionales como algunas especies de animales. La esclavitud de la carnalidad, de la estupidez y de la locura, es el resultado de una vida sin valores o incluso falta de respeto hacia uno mismo. Las personas se han corrompido tanto que resulta difícil diferencia algunas conductas humanos del comportamiento de los animales salvajes. La depravación sexual, la violencia, la brutalidad y la frialdad de la mórbida intelectualidad han moldeado al mundo con gran rapidez hacia una destrucción inminente. Este paradigma de bestialidad ha sido tan significativo que incluso muchas religiones cristianas han pasado a defender una especie de ridícula teología liberal. Es muy común que hayan surgido últimamente iglesias emergentes con ideas afines con el libertinaje. Iglesias que apoyan el homosexualismo, el adulterio, la pornografía y la pedofilia ya es algo que podemos ver. Y lo peor de todo es que se hace eso en nombre de Dios. Si la iglesia del pasado perseguía y mataba en nombre de Dios, en pleno siglo XXI hacen de las normas más viles y bajas un estilo de vida, caracterizado como supuesta vida cristiana. La misma gracia que quemaba herejes en las hogueras de la Inquisición es la misma gracia que hoy concede licencia para vivir de la manera más impía y profana posible.

Hace poco tiempo, estudiaba la Biblia con algunas personas que eran miembros de iglesias evangélicas. Lo que me intrigó es que en esas iglesias evangélicas no era pecado ver pornografía y tener una vida sexual activa fuera del matrimonio. Notemos que si las iglesias evangélicas de hoy están en esa situación, ¡cómo será dentro de algún tiempo! Satanás logró generar antipatía hacia aquello que es el único modo de entender lo que es pecado: la Ley de Dios (1 Juan 3:4). Es tratada con desdén, y echada a la basura como si fuera una maldición. El resultado no es otro que la miseria, el libertinaje, y la esclavitud a las pasiones de la carne y el pecado. Recordemos que Dios anhela concedernos libertad *del* pecado y no libertad *en el* pecado.

Lectura adicional

“Pablo escribe a los gálatas: ‘Ojalá fuesen también cortados los que os inquietan. Porque vosotros, hermanos, a libertad habéis sido llamados; solamente que no uséis la libertad como ocasión a la carne, sino servíos por amor los unos a los otros. Porque toda la ley en esta sola palabra se cumple: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. Y si os mordéis y os coméis los unos a los otros, mirad que también no os consumáis los unos a los otros. Digo pues: Andad en el Espíritu, y no satisfagáis los deseos de la carne’ (Gálatas 5:12-16)”.

“Algunos falsos maestros habían presentado a los gálatas doctrinas opuestas al evangelio de Cristo. Pablo trataba de exponer y corregir estos errores. Deseaba mucho que los falsos maestros fuesen separados de la iglesia, pero su influencia había afectado a tantos de los creyentes que parecía azaroso tomar una decisión contra ellos. Había peligro de ocasionar contiendas y divisiones ruinosas para los intereses espirituales de la iglesia. Por lo tanto trataba de hacer ver a sus hermanos la importancia de ayudarse unos a otros con amor”.

“Declaró que todas las demandas de la ley que presentan nuestros deberes hacia nuestros semejantes se cumplen al amarse unos a otros. Les advirtió que si se entregaban al odio y a la contención, dividiéndose en partidos, y mordiéndose y devorándose unos a otros como las bestias, atraerían sobre sí mismos desgracia inmediata y ruina futura. Había tan solo una manera de evitar estos terribles males, a saber, como les recomendó

el apóstol, andando ‘en el Espíritu’. Mediante constante oración debían buscar la dirección del Espíritu Santo, que los conduciría al amor y la unidad”.

“Una casa divida contra sí misma no puede subsistir. Cuando los cristianos contienden, Satanás acude para ejercer el dominio. ¡Con cuánta frecuencia ha tenido éxito en destruir la paz y armonía de las iglesias! ¡Qué fieras controversias, qué amarguras, qué odios han comenzado con un asunto pequeño! ¡Cuántas esperanzas han sido marchitadas, cuántas familias han sido divididas por la discordia y la contención!”

“Pablo encargó a sus hermanos que tuviesen cuidado, no fuese que al tratar de corregir las faltas ajenas, estuviesen ellos mismos cometiendo pecados igualmente graves. Les advierte que el odio, la emulación, la ira, las contiendas, las sediciones, las herejías y las envidias son tan ciertamente obras de la carne como la lascivia, el adulterio, la borrachera y el homicidio, y tan seguramente negarán a los culpables la entrada al cielo” (*Joyas de los testimonios,* tomo 2, pp. 84, 85).

Cumpliendo toda la Ley

Gálatas 5:13-15; 5:3; Romanos 10:5; Gálatas 3:10, 12. 5:3; Romanos 8:4; Gálatas 5:14

No hay nada, absolutamente nada en la Ley. El problema está en los hombres que la han interpretado equivocadamente. Pablo no tenía en su teología ningún problema con la Ley. El mismo era cumplidor de ella (Romanos 7:22), enseñando que es el amor quien lleva a su cumplimiento (Romanos 13:10). Fue enfático al afirmar que la Ley era “santa, justa y buena” (Romanos 7:12). Incluso para Pablo, no había nada extraño en la Ley de Dios.

Como ya hemos estudiado de manera exhaustiva en la lección, su preocupación era el legalismo desenfrenado que estaba permeando la vida de algunos miembros de la iglesia de Galacia. Hacer de la Ley una escalera hacia la salvación era –en el más pleno sentido de la palabra– una flagrante herejía. El apóstol combatió arduamente esta manera de pensar pues traería un gran perjuicio a la salvación de las personas. La Ley no puede salvar, y era importante que sus lectores lo supieran. Para hacerlo más claro, Pablo enfrentó el legalismo, y no la Ley. Enfrentó la idea de la salvación por las obras, y no la obediencia. El cumplimiento de la Ley como fruto de la justificación forma parte del contexto de la vida cristiana y es lo que Dios desea para su pueblo. Somos salvos del pecado y no en el pecado. Nuestra vida debe ser permeada del poder de la gracia que es suficiente para salvar, y también para conducirnos al cumplimiento de los deberes de la vida cristiana.

Lecturas adicionales

“’Llevad mi yugo sobre vosotros’, dice Jesús. El yugo es un instrumento de servicio. Se enyuga a los bueyes para el trabajo, y el yugo es esencial para que puedan trabajar eficazmente. Por esta ilustración, Cristo nos enseña que somos llamados a servir mientras dure la vida. Hemos de tomar sobre nosotros su yugo, a fin de ser colaboradores con él”.

“El yugo que nos liga al servicio es la ley de Dios. La gran ley de amor revelada en el Edén, proclamada en el Sinaí, y en el nuevo pacto escrita en el corazón, es la que liga al obrero humano a la voluntad de Dios. Si fuésemos abandonados a nuestras propias in-

clinaciones para ir adonde nos condujese nuestra voluntad, caeríamos en las filas de Satanás y llegaríamos a poseer sus atributos. Por lo tanto, Dios nos encierra en su voluntad, que es alta, noble y elevadora. Él desea que asumamos con paciencia y sabiduría los deberes de servirle. El yugo de este servicio lo llevó Cristo mismo como humano. El dijo: 'Me complazco en hacer tu voluntad, oh Dios mío, y tu ley está en medio de mi corazón'. 'He descendido del cielo, no para hacer mi voluntad, mas la voluntad del que me envió'. El amor hacia Dios, el celo por su gloria, y el amor por la humanidad caída, trajeron a Jesús a esta tierra para sufrir y morir. Tal fue el poder que rigió en su vida. Y él nos invita a adoptar este principio" (*El Deseado de todas las gentes,* pp. 296, 297).

"Lejos de contener requisitos arbitrarios, la ley de Dios se da a los hombres como cerco o escudo. El que acepta sus principios es preservado del mal. La fidelidad a Dios entraña fidelidad al hombre. De ese modo la ley protege los derechos y la individualidad de cada ser humano. Prohíbe al superior oprimir, y al subalterno desobedecer. Asegura el bienestar del hombre, tanto para este mundo como para el venidero. Para el obediente es la garantía de la vida eterna, porque expresa los principios que permanecen para siempre".

"Cristo vino a demostrar el valor de los principios divinos por medio de la revelación de su poder para regenerar a la especie humana. Vino a enseñar cómo se deben desarrollar y aplicar esos principios" (*La educación,* p. 77).



Gilberto G. Theiss
Traducción: Rolando D. Chuquimia
RECURSOS ESCUELA SABÁTICA ©

RECURSOS ESCUELA SABATICA
http://ar.groups.yahoo.com/group/Comentarios_EscuelaSabatica
http://groups.google.com.ar/group/escuela-sabatica?hl=es
Suscríbase para recibir gratuitamente recursos para la Escuela Sabática